

---

---

*P. Muller*

---

*La ideología  
de la modernidad  
y las luchas campesinas*

El tema de la modernización de la agricultura está en el centro de las luchas campesinas en Francia desde los años cincuenta. En principio era un tema progresista cuando el CNJA, retomando la herencia de la juventud agrícola católica, y de un cierto número de agrónomos como R. Dumont, declaraba la necesidad de hacer salir la agricultura francesa del «subdesarrollo». En esta época, quienes expresaban reservas respecto a la corriente modernista eran acusados automáticamente de mantener al pequeño campesinado en la miseria económica y cultural. Más tarde las cosas han cambiado cuando las consecuencias de la modernización han comenzado a hacerse sentir. Algunos eran, por supuesto, positivas: mejora de las condiciones de trabajo, apertura cultural, aumento de la renta para algunos. Otras, por el contrario, eran mucho más nefastas: fuerte endeudamiento de muchos pequeños agricultores, aceleración del éxodo agrícola y desertificación de muchas zonas «desfavorecidas».

Por esto, se han visto multiplicarse desde hace diez años, las reservas e incluso las críticas respecto a la ideología modernista y del progreso, no siendo, por otro lado, especial-

---

---

mente propio el fenómeno en la agricultura, y hoy podemos ver eleborarse, en el seno del sector agrícola, un discurso *resueltamente antimodernista* que no es, por tanto —este punto es fundamental—, una vuelta pura y simple a la tradición.

La cuestión es saber qué significa este giro: ¿Por qué una ideología modernista que parecía dominar sin competencia se ve hoy criticado por una fracción no desdeñable del campesinado? Y, sobre todo, ¿cuál es la significación *política* de este cambio?

La tesis que vamos a sostener aquí, es la siguiente: la crítica que hoy se hace de la modernidad en la agricultura pone en evidencia una dimensión fundamental del proceso de modernización del campo que ha sido relativamente poco estudiada hasta ahora: se trata en gran parte de un proceso de heteronomización (1) del campesinado, es decir, del aumento de la dependencia en relación al resto de la sociedad. En efecto, en la medida en que la modernización tiene por resultado insertar cada vez más a los campesinos en un proceso de *división del trabajo* entre la sociedad y la agricultura, y en el seno de la misma agricultura, contribuye a reducir considerablemente la autonomía de que podrían gozar en relación a su «entorno».

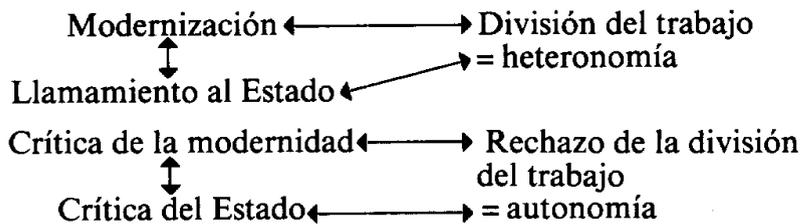
Más adelante veremos que las cosas no tienen de hecho un carácter tan unívoco como deja suponer la presentación hasta aquí hecha, (en particular la heteronomización se acompaña de una autonomización a otro nivel). Pero lo que es cierto, es que, en el caso estudiado, la dialéctica tradición-modernidad reconduce a una dialéctica entre heteronomía y autonomía. Por esto, y no es evidentemente casual, el debate sobre la modernización de la agricultura se inscribe en un debate más amplio entre los que mantienen un modelo industrial-centralizado y los que intentan elaborar una contraestrategia revalorizando la autonomía de los individuos o de los grupos (ecologistas, regionalistas, autogestionarios, etc.).

---

(1) Utilizo la expresión empleada por André Gorz en *Adieu au Proletariat*, París, 1980.

Tanto más cuanto que el problema del *Estado* ocupa en ella un lugar bastante semejante. En efecto, por lo que hemos podido constatar, parece como si el llamamiento al Estado fuese a la par con la voluntad modernizadora, en tanto que, por el contrario, la crítica de la modernidad fuese también una crítica del Estado.

Dicho en otras palabras, podemos dibujar las dos siguientes configuraciones ideológicas:



Queda por ver cómo todo esto se combina en la realidad

Esquemmatizando un poco, es posible, según parece, reagrupar el contenido de esta modernidad en torno a cuatro nociones ideológicas fundamentales (2).

- La noción de crecimiento.
- La noción de apertura.
- La noción de especialización.
- Y, por último, la idea, que resume las tres precedentes, del nacimiento de un nuevo agricultor.

## 1. EL CRECIMIENTO O EL FIN DEL ESTANCAMIENTO

Si intentamos reproducir la andadura intelectual que efectuaron los agricultores que optaron por la modernización, encontramos en primer lugar en este tema del crecimiento la noción de progreso técnico. A principio de los

(2) No es posible estudiar aquí en detalle el *origen* de la concepción modernista, que está muy ligada a la ideología de los movimientos de acción católica en el medio rural en esta época (1950).

años cincuenta, se impone la idea de que los campesinos deben adoptar una aptitud mucho más positiva frente al «progreso», como entonces se decía, sin precisar de qué se trataba. Así, deben aquéllos motorizar su explotación mediante la compra de tractores. De esta manera, la toma de conciencia se hacía antes de la guerra en las regiones «más avanzadas», es decir, el *Bassin* parisiense, pero la misma iba a durar hasta el fin de los años cincuenta en otras regiones. En esta fecha, incluso aunque todos los campesinos no estén equipados con tractores, se puede considerar que la necesidad de la motorización de las explotaciones estaba muy interiorizada por la mayor parte de los agricultores. Es preciso decir que los fabricantes de tractores habían hecho todo lo necesario para ello.

Pero el progreso es también el desarrollo de nuevos métodos de cultivo, la utilización de fertilizantes, el recurso a variedades seleccionadas, la selección ganadera, etc. En resumen, existe la idea de un *perfeccionamiento técnico* de la explotación, que va a la par, evidentemente, con el perfeccionamiento del mismo agricultor.

Desembocamos entonces en el segundo aspecto del crecimiento: la idea según la cual se deben aumentar *los rendimientos* y las cantidades producidas. La concepción moderna rompe completamente con el malthusianismo de los años anteriores a la guerra, cuando no se consideraba en modo alguno que la búsqueda de la mayor producción y de los rendimientos más espectaculares debiera ser un objetivo para el campesino.

Por el contrario, después de 1945, se considera cada vez más que la agricultura francesa debe convertirse en exportadora. Este aspecto está evidentemente muy ligado al anterior, puesto que el crecimiento de los rendimientos y las producciones es la consecuencia directa del progreso técnico.

Lo que importa entender es que en esta época se generaliza la idea de «movimiento» o de «desarrollo»: las situaciones aparecían cada vez menos como inmutables, se toma conciencia de que se puede avanzar hacia *objetivos*. Este

---

---

cambio corresponde al paso de una visión del mundo en que la agricultura sirve esencialmente para hacer vivir el grupo familiar, a una concepción en la que el campesino debe participar en la elevación general del bienestar, como le recuerda con insistencia la propaganda del Plan.

Por último, el tema del crecimiento conoce un último desarrollo que constituye en cierta medida el resultado *político*, porque el mismo desemboca en intereses precisos de clase: para que el progreso técnico pueda tener efecto, para que los rendimientos sean mejorados, es necesario que aumente el *tamaño* de las explotaciones.

La andadura intelectual se junta aquí con el desarrollo histórico, en la medida en que es sorprendente que esta idea de la necesidad de aumentar el tamaño de las explotaciones no se ha impuesto sino al principio de los años sesenta, mucho después de la toma de conciencia de la necesidad de utilizar el progreso técnico. Podemos también interpretarlo como el paso de un razonamiento puramente técnico a un razonamiento económico.

Lo que resulta cierto es que a partir del momento en que la necesidad de aumentar el tamaño de las explotaciones queda admitido, resultaba asimismo necesario admitir que la población agrícola debía disminuir y consecuentemente legitimar el éxodo agrícola. Desembocamos entonces en el segundo tema, que describe el reforzamiento de las interrelaciones entre agricultura y sociedad.

### **La apertura, o el fin de la autarquía**

Esta segunda faceta de la modernidad está evidentemente muy ligada con la precedente. Incluso la idea del crecimiento reenvía en primer término a un crecimiento técnico, la apertura es probablemente en principio una apertura técnica: la adquisición del tractor, la utilización de los resultados de la investigación agronómica contribuyen a reducir el aislamiento del campesino en relación a la sociedad. Los agricultores se hacen entonces a la idea de que no pueden ya resolver por sí solos el conjunto de problemas técnicos que encuentran en la realización de su trabajo: deben diri-

---

girse a *especialistas* (se anticipa aquí el tercer tema), agrónomos, fabricantes de material, productores de alimento para el ganado, etc. Incluso, el campesino puede cada vez en menor medida mantener él mismo un material crecientemente sofisticado.

Vemos claramente, pues, cómo esta apertura técnica desemboca en una apertura *económica*, que se traduce ante todo por una *monetarización* de la explotación y de la vida del agricultor: el campesino compra cada vez más en el exterior y cada vez más admite el consagrar importantes sumas de dinero en adquirir bienes de equipo o en hacer funcionar su explotación. Por esto viene obligado a comercializar una fracción creciente de su producción a fin de obtener los medios de pago y con ello reducir la participación del autoaprovechamiento y del autoconsumo, lo que le obliga a aprovisionarse en el exterior, etc. Una vez que se ha desencadenado la espiral, resulta muy difícil detenerla.

Lo que importa ahora es que esta reducción de la autarquía económica de las explotaciones es considerada como *deseable* por una parte no desdeñable de los empresarios agrícolas. Y para hacer frente a esta evolución, el campesino va a tener que recurrir a una tercera forma de apertura: el crédito.

Este es el resultado de la andadura intelectual, que lleva al campesino a abandonar la mentalidad tradicional sobre este punto: apertura técnica, apertura al mercado, apertura al crédito. Las dos primeras estaban ya presentes, si bien reducida, en la concepción tradicional. Con la última, el agricultor *rompe* con el pasado, ya que, hasta ahora, el crédito era más bien considerado como nocivo, peligroso y sobre todo vergonzante. En la moderna concepción se convierte en un medio de trabajo tanto como en un signo de modernidad. El problema del recurso al crédito está probablemente también en el centro del conflicto generacional.

Por último, tratemos ahora de una dimensión que encuadra las tres primeras, la apertura «cultural», es decir, *la ampliación del horizonte intelectual de los individuos*.

Ocurre como si los límites del marco en el que los cam-

---

---

---

pesinos sitúan su práctica se alejase. Esto va a traducirse hacia finales de los años cincuenta en una formidable sed de conocer el mundo «exterior» y de participar en él. Encontramos aquí ciertamente la fuente principal de la feroz voluntad de formación que va a desarrollarse en el medio rural en esta época y, sobre todo, el deseo de resituarse siempre esta formación en un contexto social.

Esta apertura cultural va a tener incalculables consecuencias.

### **La especialización o el fin de la polivalencia**

En el sistema tradicional todo estaba organizado para que el campesino dependiera lo menos posible de las industrias de medios de producción para la agricultura (no se compran abonos, no se compran materiales) y de las organizaciones de transformación y comercialización de productos agrarios (escasa fracción de la producción comercializada). Vemos claramente cómo la autarquía y la polivalencia van a la par.

Sin embargo, con la modernización, la independencia del campesino está amenazada por un triple movimiento de especialización.

En primer lugar, el agricultor tendrá que especializarse en tanto que productor de productos agrícolas en sentido estricto, y dejar cada vez más a las firmas de comercialización y transformación la tarea de *transformar* los productos agrícolas en productos alimentarios: crecientemente, el agricultor va a contentarse con vender su leche a la central lechera que la transformará. En la corriente arriba dejará a otros el cuidado de elaborar los productos de los que su explotación tendrá necesidad.

El campesino moderno se sitúa, pues, cada vez en mayor medida en una cadena de producción que va desde la construcción del tractor a la fabricación industrial del pan, del queso o de los productos congelados.

Tiende a especializarse aún más en el interior de esta primera especialización, puesto que va a intentar llegar a

---

ser un monoprodutor o cuando menos especializarse en un tipo de producción. No es posible, en efecto, ser un «agricultor de punta» en todos los terrenos.

— Por último, sucede como si el campesino se extrañase del mundo rural. Aumentando su competencia técnica, reforzando sus relaciones con la sociedad, el campesino se autonomiza en relación a un medio en el que él se sumergía anteriormente. Será preciso volver sobre este último aspecto, ya que contribuye a hacer las cosas un poco más complicadas de lo que aquí son presentadas.

Tales son, pues, los tres primeros temas que están en el centro de la ideología de la modernidad. Antes de abordar la cuarta, que tiene una posición un tanto separada, es preciso hacer una precisión a fin de evitar cualquier malentendido.

El conjunto de las evoluciones aquí descritas (crecimiento, apertura, especialización) corresponde a cambios en las prácticas concretas de los agricultores. Es evidente que estos cambios son en gran parte provocados por la *coacción* debida al funcionamiento del sistema económico: el campesino que, hoy, rechaza modernizar su explotación, tiene en general muchas oportunidades de desaparecer. No se pretende, pues, que la modernización y la ideología de la modernidad hayan aparecido como por milagro. Lo cierto es que la modernización ha sido también *querida* por los agricultores, o cuando menos por algunos de entre ellos. Es falso decir que los campesinos se han modernizado bajo la coacción. Las cosas habrían sido ciertamente muy distintas si éste hubiese sido el caso, y podemos a este respecto comparar la situación de los campesinos con las de las restantes capas sociales que ocupan una posición similar, como los artesanos o los pequeños comerciantes.

### **El nacimiento de un nuevo campesino**

El último aspecto de esta ideología de la modernidad es más difícil de delimitar que los tres primeros.

En cierta forma, resume el conjunto de las observaciones hasta aquí hechas. En efecto, uno de los rasgos más típicos

---

---

de la ideología modernista es el hecho de que la misma concede una muy grande importancia al *individuo*, en tanto que la concepción tradicional concedía la preeminencia al grupo: grupo familiar, colectividad rural e incluso «mundo rural».

Así hemos visto que la idea del crecimiento reconducía a la idea del perfeccionamiento individual, noción relativamente nueva en relación a la concepción tradicional que ponía por delante el progreso del grupo familiar. Asimismo la apertura y la especialización corresponden a una reducción de la autarquía de la *familia campesina* en relación a la sociedad.

Sabemos que igualmente el sistema tradicional de policultivo-ganadería reclamaba una mano de obra familiar numerosa, en tanto que los sistemas de producción «modernos» son frecuentemente aplicados por el jefe de la explotación en exclusiva.

La elaboración de esta nueva imagen del campesino va a provocar un cambio en lo que a veces se considera como característica propia de los campesinos: el individualismo. Se dice que los campesinos son tradicionalmente individualistas, sin embargo, el término es impropio, el individualismo tradicional es de hecho un «individualismo de grupo»: es la familia campesina la que se defiende, la que busca preservar su autonomía. Por el contrario, el campesino moderno descubre el individualismo «moderno», es decir, en realidad *el espíritu de competición*. Mientras que el individualismo tradicional tenía ante todo un carácter *defensivo* (era necesario *preservar* el núcleo familiar respecto de los demás), hoy el individualismo tiende a convertirse en ofensivo: Es preciso ser el mejor, tener más tierras si se quiere sobrevivir. El «cada uno para sí» ha reemplazado al «cada uno para su casa».

En definitiva, lo que la ideología moderna pone en cuestión es la concepción *orgánica* de la vida social que está en el corazón de la mentalidad tradicional.

En esta última concepción, el individuo en el límite no existe, no existe sino en tanto que elemento de un conjunto

---

social que le sobrepasa. Es una pieza de un vasto andamiaje social, en la cima del cual reinan las élites del mérito, de la fortuna o del rango y que debe ser inmutable. La idea de *promoción individual* es extraña a la concepción tradicional. Los individuos están siempre ubicados en una compleja red de intercambios y dominaciones a todos los niveles: padre-hijos, suegra-nuera, arrendador-propietarios, campesinos-élites locales, etc.

A la inversa, es sorprendente constatar hasta qué punto los CETA (Centros de Estudios Técnicos Agrícolas) o la CNJA ponen el acento en las propias capacidades de los individuos para superar los marcos tradicionales y hacerlos evolucionar.

El paso a la modernidad tiene, pues, una muy compleja significación, puesto que corresponde también a una *liberación* en relación a una serie de relaciones sociales limitantes, por no decir opresivas, y vemos que la relación entre tradición y modernidad no deberá ser considerada en forma demasiado unívoca.

## **2. EL PARADIGMA DE LA MODERNIDAD: EL CAMPESINO-EMPRESARIO O EL CAMPESINO-PROLETARIO**

Durante un período bastante breve, pero decisivo (1959-1966), la ideología modernista se ha impuesto en los medios agrícolas hasta lograr un verdadero consenso en torno a lo que había llegado a ser la ideología oficial. No había oposición real a la idea según la cual la agricultura debe adaptarse a la sociedad que la rodea.

Pero las cosas no van a quedar ahí. A partir de los años 68-69, se va a organizar un movimiento de contestación, que va a oponerse violentamente a las orientaciones que se habían aplicado por el sindicalismo y el Estado. Este movimiento ha cristalizado alrededor de una corriente sindical a la vez interna a la FNSEA y exterior a ella: la corriente «campesino-trabajador» (*paysan-travailleur*), cuyas espectaculares acciones (huelgas de la leche, ocupaciones de coope-

---

---

rativas) van a estar en el corazón de las luchas campesinas a finales de los años sesenta y principio de los años setenta (3).

El análisis de la corriente *paysan-travailleur* es particularmente interesante desde el punto de vista de que aquí nos interesa, es decir, de la dialéctica entre tradición y modernidad. Es destacable, en efecto, que la crítica que los *paysans-travailleur* dirigen a las organizaciones dominantes, se sitúa en el interior de la ideología de la modernidad definida anteriormente. Aceptan la modernidad, pero se sitúan en ella como capa dominada, a la imagen del proletariado.

¿Cuál es su argumentación? (4). Consiste en afirmar que la política adoptada por el sindicalismo «oficial» es un tipo de mixtificación, en la medida en que, lejos de desembocar en la constitución de explotaciones viables, no hace sino acentuar la explotación de los campesinos y su proletarianización.

Los pequeños campesinos, en particular los productores de leche, son en efecto explotados de diversas formas por las firmas de medios de producción, a través de «la obligación» de comprar siempre más equipo y materias primas para la explotación. Por las firmas de transformación y comercialización de productos, después a través de los mecanismos de fijación de los precios agrícolas. Podemos mostrar, en efecto, que teniendo en cuenta los precios al uso, ocurre como si el sistema económico extrayese un auténtico *excedente* de los campesinos (5).

Es verdad, argumentan, que el campesino permanece en la mayor parte de las ocasiones propietario de sus medios de producción, pero esto no es sino una cuestión *formal*, puesto que no es ya, o lo es cada vez menos, dominador de las opciones económicas. A fin de cuentas, el campesino está en una situación de cuasi-asalariado, y por esto debe adoptar un comportamiento de asalariado. Las propuestas del

---

(3) Sobre el movimiento *paysan-travailleur*, cf. F. Prevost: «Mutation dans le syndicalisme agricole, le courant paysan-travailleur, *Chronique sociale*, Lyon, 1976.

(4) F. Prevost, *op. cit.*

(5) Cf. A. Mollard: *Paysans exploités*, PUG, 1978.

---

sindicalismo dominante (llegar a ser un empresario individual rentable, etc.), no son sino quimeras, pues sólo una pequeña minoría está en condiciones de salir a flote en detrimento de la masa de campesinos.

El pequeño campesino no desea, pues, intentar alcanzar un hipotético *status* de empresario, sino intentar obtener, como un asalariado; una mejora de su renta, *peleando por un aumento de los precios de los productos agrícolas*. Y lo que es sorprendente, es que, en esta problemática, el sector cooperativo es colocado exactamente en el mismo plano que los industriales, como testimonian algunas acciones contra las cooperativas a principios de los años setenta. Asimismo, se busca lograr una conjunción con los sindicatos obreros (conflicto del Joint francés) o con los empleados de las cooperativas.

La cuestión no es evaluar aquí la aportación de los campesinos-trabajadores ni determinar si sus tesis son «justas» o «falsas». Lo que nos interesa es constatar que su problemática constituyéndose en todo una severa crítica de la práctica del sindicalismo agrícola de hoy, no sale por otro lado del marco de la modernidad anteriormente descrito: el movimiento *paysan-travailleur* no hace la crítica de la modernidad (lo mismo que al movimiento obrero jamás ha cuestionado la modernidad capitalista).

En efecto, los *paysans-travailleurs* no cuestionan los tres temas citados antes: no rechazan ni el crecimiento, ni la apertura, ni la especialización. Concluyen claramente en el nacimiento de un nuevo agricultor, salvo que éste no es el campesino-empresario, sino el campesino-proletario.

Sucede, pues, como si la modernidad que se ha impuesto a principios de los años 60 pudiese ser interpretada de dos formas: en la problemática dominante y la problemática dominada. La ideología modernista y la modernización no corresponden en consecuencia a la situación de una capa social, sino que las mismas se circunscriben a un campo de luchas sociales entre capas sociales.

En cierta manera, construyendo la imagen del campesino-proletario que opone a la del campesino-empresario, los

---

---

oponentes del sindicalismo dominante no hacen sino llevar hasta sus últimas consecuencias la lógica de la modernización.

### **La modernización inacabada**

Hasta ahora hemos construido un cierto tipo ideal de la modernidad en la agricultura, tal como si existiera, como si todos los procesos de modernización fuesen llevados hasta su fin. Pero es evidente que nada de esto es así en la realidad. Cuando se observa desde más cerca, nos apercebimos, en efecto, de que ninguno de los cuatro temas ideológicos es verdaderamente realizado.

Así el crecimiento debería, para ser llevado a su término, desembocar en la concentración capitalista. Es claro que a este desenlace no se va a llegar mañana, al menos en Francia. El modelo de explotación «moderna» no es la gran explotación que emplea un numeroso personal, como se ha creído durante mucho tiempo, sino una explotación de tamaño medio que un agricultor ayudado eventualmente por su mujer, su hijo o su hermano es capaz de explotar. Si el campesino debe llegar a ser un empresario, será un *empresario individual* y no un patrón de industria. De hecho, si nos preguntamos quiénes son «los grandes» en agricultura, nos damos cuenta de que no tienen ni siquiera la talla de una PME y frecuentemente, salvo excepciones, el nivel de vida de un cuadro medio.

Esto vale, asimismo, para la norma de la apertura: el campesino, aun el moderno, ocupa siempre un lugar aparte en la sociedad y de ello tiene siempre conciencia. No citaremos aquí sino un hecho, que a menudo se olvida y que, sin embargo, está cargado de significación: aún hoy es muy difícil a un no-campesino instalarse y ser reconocido como auténtico agricultor. Se *nace* todavía campesino, lo que significa que los mecanismos de reproducción del campesinado son todavía *endógenos*.

Como consecuencia, la «movilidad social» preconizada por la ideología modernista resulta muy relativa.

La especialización no es tampoco llevada hasta sus últi-

---

mas conclusiones. Aun constatando una fuerte tendencia de repliegue hacia la función productiva en sentido estricto, las tendencias contrarias existen también (tentativa de dominar la corriente arriba por los CUMA (Cooperativas de Utilización de Material Agrícola) o las cooperativas de aprovisionamiento, así como de la corriente abajo, por las cooperativas de transformación, etc.

Igualmente, si la especialización por categorías de producción agrícola es admitida a nivel económico, sus consecuencias políticas son negadas con fuerza por el sindicalismo. En otros términos, se rechaza la idea de que esta especialización podría conducir a las diferentes capas campesinas a tener intereses divergentes. Pese a las diferencias en las condiciones de trabajo, de ingreso, de producto, de técnicas, el sindicalismo considera siempre que el campesinado constituye un conjunto *homogéneo* y puede como consecuencia ser representado por una organización única. Esta es la famosa «unidad» del campesinado, que aún hoy permanece como elemento esencial de legitimación del sindicalismo agrícola, y que introduce con ello un elemento tradicional en una ideología moderna.

Por último, se sabe que el nuevo individualismo, es decir, el rechazo de una concepción «orgánica» de las relaciones sociales no se ha impuesto totalmente, puesto que los modos de organización colectiva son todavía muy vivos en agricultura (cooperativas, etc.) y hemos visto que incluso la formación de la ideología modernista se hacía a través de estructuras que privilegian la acción colectiva como la JAC, los CETA o el CNJA.

Si de esta forma ponemos el acento en el carácter inacabado de la modernidad, tanto en la práctica de las gentes como en la ideología «oficial» del sindicalismo, es porque esto va a tener importantes consecuencias en la forma en que ideología de la modernidad ha podido imponerse. La nueva concepción del mundo no *ha reemplazado* a la antigua, sino que elementos modernos se han combinado con elementos tradicionales.

El «consenso» en torno de la ideología modernista no se ha realizado, pues, sino al precio de serias ambigüedades.

---

---

Como consecuencia de ésto, la «conversión» de las gentes a la concepción modernista no es total, y sobre todo en el caso que nos interesa, *estos elementos tradicionales que aún subsisten en la concepción moderna llegan a ser otros tantos elementos sobre los que puede apoyarse una crítica de la modernidad.*

Cuando se haga, como veremos, la crítica de la apertura, del crecimiento o de la especialización, esta crítica va a encontrar un eco tanto más favorable entre los individuos afectados del que van a encontrar algunos aspectos tradicionales que no han desaparecido de su vida: sucede como si bajo ciertas condiciones fuese más fácil criticar la modernidad cuando la misma no es acabada.

### 3. LA CRITICA DE LA MODERNIDAD

A finales de los años 70 es cierto que la concepción que animaba a los *paysans-travailleurs* no ha tenido éxito en lograr una auténtica penetración «en el medio campesino», aunque pueda hacer valer algunos éxitos puntuables. Pero los problemas y el descontento que provoca no resultan menores. Es claro que el proyecto de los «modernistas», tal como era presentado en sus orígenes, y que consistía en modernizar la agricultura preservando en todo una masa campesina relativamente numerosa, es irrealista. Resulta cada vez más evidente que para que sea realizado el primer objetivo (modernización) ello supone que el segundo sea abandonado, y que si la evolución se prolonga en las mismas condiciones, muchos pequeños campesinos deben todavía desaparecer.

Es en estas condiciones en las que podemos ver eleborarse una nueva crítica de la habitual política de las organizaciones profesionales y del Estado que, contrariamente a la crítica de los *paysans-travailleurs*, se sitúa resueltamente *fuera* del paradigma de la modernidad, rechazándola en bloque. Esta corriente es todavía de escasa importancia, y su futuro es difícil de prever. Se trata por otro lado más de una «sensibilidad» que de una corriente organizada. Es muy

---

---

cierto que su origen no aparece desvinculado con lo que se denominan los «neo-rurales» o los «nuevos campesinos» (6), es decir, los ciudadanos que se instalan en el campo. Pero estos neo-rurales no han tenido probablemente una influencia directa. Han contribuido sobre todo (con otras corrientes según veremos) a crear un clima favorable a la puesta en cuestión de la modernidad. Lo que es patente, es que su posición defiende exactamente la opinión contraria de las tesis modernistas descritas anteriormente.

*El rechazo del crecimiento* es ciertamente la primera etapa de la marcha de quienes rehúsan la orientación modernista y productivista. En cierto momento, se toma conciencia de que aumentar sistemáticamente el capital de explotación, buscar las mayores prestaciones técnicas a cualquier precio y aumentar la superficie de explotación desemboca en un callejón económico y social sin salida.

El razonamiento económico puede enunciarse de la siguiente forma: ¿para qué intentar alcanzar rendimientos cada vez más elevados que necesitan inversiones y crecientemente mayores si el aumento de los costes de producción es tal que no permite obtener una renta suficiente? La idea que subyace a este razonamiento parte de una observación ordinaria: si para algunos campesinos particularmente bien situados o que han tenido la fortuna de hacer las cosas en su momento, la modernización permite efectivamente un incremento de la renta, para muchos otros tal modernización es un señuelo y tiene todas las oportunidades de desembocar en un fracaso.

La situación del pequeño campesino modernizado, y con ello endeudado, es de una extraordinaria *fragilidad*: está a merced de la menor variación de los precios, de una epidemia repentina, o de una variación de la climatología; son innumerables los ejemplos de quienes no han podido enfrentarse a estos «accidentes». En otros términos, la modernización representa para el pequeño campesino una aventura con un alto riesgo, y esto no es sólo, como a veces

---

(6) Cf. *Autrement*, núm. 14, 1978, «Avec nos sabots»; cf. asimismo *Pour*, «Les nouveaux paysans» núm. 57.

---

se querría hacer creer, una cuestión de valor y de competencia.

Es por ello, por lo que rechazan invertir y aumentar sistemáticamente su productividad y oponen a la opción modernista un tipo de «perfil bajo», buscando mantener o aceptar su ingreso y no aumentando las cargas para aumentar los ingresos, sino por el contrario *disminuyendo los costes*.

Pero la toma de conciencia del *impasse* económico duplica, en general, con un toma de posición política, en la medida en que se critica en forma violenta la idea que está en el centro de la concepción modernista, según la cual es buscando llegar a competitivos como los campesinos pueden «salvarse» colectivamente.

Hay, pues, como en el caso de los *paysans-travailleurs*, un rechazo de la concentración de explotaciones en la agricultura. Pero en tanto que los *paysans-travailleurs* sacan la conclusión de que es necesario luchar para obtener un aumento del precio de la leche, los campesinos antiproductivistas tienen más bien la tendencia a modificar su lugar y su función en la división del trabajo capitalista, lo que es la una postura muy diferente. Se llega entonces al rechazo de la apertura y de la especialización.

*El rechazo de la apertura* adopta varias formas: es, en primer lugar, el rechazo del crédito, que coacciona al campesino a aceptar las normas del sistema económico dominante. Es también el que, antes que recurrir a empréstitos, se prefiere invertir menos, o más lentamente, o construir por sí mismo (autoconstrucción).

Pero el rechazo de la apertura es también el rechazo de servir de mercado para las industrias de medios de producción para la agricultura: se compra el menor material posible, buscando adaptarlo a las necesidades de la explotación. Cada vez que se puede, se compra de segunda mano, o incluso se *construye por sí mismo* (autoequipamiento). Se evita sí lo más posible depender del exterior para el suministro de materias primas y energía (semillas, alimentos para el ganado, producción autónoma de energía).

---

---

Por último, se redescubre una cierta forma de autoconsumo de los productos de la finca.

El tercer rechazo es *el de la especialización* y se dirige al corazón del rechazo del sistema productivista «moderno», puesto que se trata de un rechazo de la división del trabajo que tiende a acentuarse cada vez más en las sociedades industrializadas. Cuando el sistema productivista moderno supone una especialización del campesino en su papel de productor agrícola se va por el contrario a esforzarse en *transformar* estos productos (producción de queso, de vestidos) y a *comercializarlos* directamente. En términos económicos, esto significa que el campesino va a intentar apropiarse la parte del valor añadido que obtiene «normalmente» el industrial y el comerciante (7). En términos políticos, esto significa que va a intentar ampliar un «espacio» que había sido considerablemente reducido por la división del trabajo.

De la misma manera, en la corriente arriba el campesino se va a hacer artesano, empresario, productor de alimentos para el ganado, etc.

Por último, va a rechazar la división interna del trabajo en la agricultura, ensayando a combinar de nuevo diferentes categorías de producción.

Tales son, pues los principales aspectos de la crítica de la modernidad que podemos ver desarrollarse hoy en ciertos medios campesinos.

A primera vista se parece mucho a una voluntad nostálgica de vuelta atrás, de retorno *a la tradición*. Pero esta primera impresión es falsa, porque lo mismo que el discurso modernista no lleva hasta sus últimas consecuencias la lógica de la modernización, la crítica de la modernidad no vuelve pura y simplemente a la tradición. Es más bien a una nueva combinación de elementos tradicionales y elementos modernos a lo que se procede.

Así este rechazo de la apertura no es una vuelta al estancamiento, pues permanece viva la idea de «progreso indivi-

---

(7) Sobre este punto véase el artículo de F. Pernet en este mismo número.

---

dual». Simplemente, se intenta traducirla de forma distinta que aumentando la productividad. Así mismo, el rechazo de la apertura no es una vuelta a la autarquía y sobre todo a la autarquía intelectual. Al contrario, se tiene el sentimiento de una muy fuerte voluntad de participar en los debates y en los cambios sociales actuales. Al fin, el rechazo de la especialización no significa un retorno a la polivalencia perfecta del sistema de policultivo-ganadería.

Su crítica de la modernidad es una crítica de la división del trabajo que esta modernidad implica. Vemos, pues, hasta qué punto el discurso de estos campesinos antimodernistas se reúne con el de los nuevos movimientos sociales: ecologistas, autogestionarios, regionalistas. Es la misma lucha contra los procesos de heteronominación, es la misma reivindicación de autonomía la que encontramos, con formas algo diferentes.

Se acercan también, por supuesto a la de los neorurales que están a «la búsqueda de la autonomía» (...), comprendida en ella la autonomía económica, en ocasiones refutadas por los interesados como «capitalista» y asocial» (8).

Todo nos lleva a pensar que más allá de una cierta apariencia, la lucha de los campesinos antimodernistas aparece como una lucha *antitecnocrática*, con un objetivo de proyecto autogestionario, que está probablemente más cerca de realizar que muchos autogestionarios declarados. Porque precisamente no están aún completamente modernizados, es decir heteronomizados.

Vemos así con claridad las ambiguas relaciones que este proyecto autogestionario mantiene con las prácticas y la ideología tradicionales. En los dos casos, se trata de una situación de rechazo o de no-división del trabajo. En ambos casos se pone por delante «la independencia» del campesino y se comprende que el proyecto autogestionario pueda parecer confundirse con el modelo tradicional. Pero se separa del mismo en un punto fundamental: *no se trata de la misma autonomía*. En el modelo tradicional, sólo las colectivi-

---

(8) R. Bletterie y A. Flagens; «Les ecologistes arrivent», en *Les nouveaux paysans*, op. cit. pág. 72.

dades campesinas en su totalidad se autonomizan en relación a la sociedad global: los campesinos no lo son sino en apariencia, puesto que *no tienen otra opción que tomar*. Constreñido en un tejido de relaciones limitantes (religiosas, sociales, políticas, familiares). ¿Cuál es el margen de acción del campesino tradicional? No puede sino reproducir casi idénticamente los comportamientos «tradicionales» de los que no puede escaparse: no tiene otra opción.

Es seguramente característico en este punto que la mayor parte de los campesinos antimodernistas haya tenido ocasión, bajo una u otra forma, de salir de la agricultura antes de volver a ella: su actitud frente al mercado, a los sistemas productivos, etc. procede de una *opción reflexiva*, y no de un simple conformismo en relación a la tradición.

La autonomía reivindicada por los antimodernistas es, pues, muy diferente, porque integra lo que la modernización haya podido tener de liberadora: participación en una cultura global, ensanchamiento del horizonte intelectual, desaparición de un cierto número de microdominaciones, etcétera.

Volvemos a encontrar aquí el juego de las polisemias, en la medida que la concepción antimodernista de la autonomía parece alimentarse de la concepción tradicional. En un primer momento, esta situación es probablemente ventajosa porque la misma permite a los individuos el referirse a un término conocido. Pero un día u otro será necesario que la misma se depure y abandone un cierto número de elementos tradicionales que hoy constituyen su fuerza.

#### 4. EL PROBLEMA DEL ESTADO

Querriamos plantear rápidamente un último punto que merecería una más amplia reflexión: la cuestión del Estado que está en el centro de la dialéctica entre tradición y modernidad.

Resulta sorprendente constatar, en efecto, que cada modelo (tradicional, modernista, antimodernista) reconduce a una diferente actitud en relación al Estado.

---

---

— Sabemos que, tradicionalmente, los agricultores, o cuando menos aquéllos que hablan en su nombre, son hostiles al Estado. Esto es *particularmente bien aprovechado* por la obra de Suzanne Berger (9), quien muestra claramente como las élites tradicionales habían intentado organizar a los campesinos «contra» la República.

Después de la guerra, la legitimidad del régimen republicano no era ya verdaderamente contestada, sino que se continuaba reclamando una limitación de la intención estatal. Más exactamente, se pedía al Estado intervenir en la periferia de la agricultura, es decir, en *el problema de los precios agrícolas*. Pidiendo al Estado mantener los precios a un cierto nivel, se le reclamaba de hecho el garantizar la supervivencia de la sociedad rural, de manera que no fuera a intervenir al nivel de sus *estructuras*. Esto explica la actitud un tanto paradójica de los líderes tradicionales que constantemente pedían al Estado intervenir (sobre los precios) para prevenirse de una intervención más en profundidad (sobre las estructuras).

— Muy distinta es la actitud de los modernistas. Existía, en efecto, una verdadera «demanda de Estado» por parte de estos últimos, puesto que han triunfado en obtener del Estado un haz de intervenciones extraordinariamente completa y precisa en una multitud de terrenos. Su problema era, en efecto, no ya *conservar* las estructuras del medio rural, sino hacerlas cambiar.

De hecho, es una verdadera lógica tecnocrática la que estaba tras las demandas del sindicalismo al Estado, en la medida en que cada problema agrícola (sobre población, tamaño de las explotaciones, insuficiente movilidad, relaciones padres-hijos, etc.) debía encontrar su *solución administrativa*.

Lo que es curioso, es que al mismo tiempo, la nueva generación unía su voz a la antigua para criticar al Estado y reclamar transferencias de tareas administrativas a la profesión. Pero en tanto que para los tradicionales, el problema

---

(9) Cf. S. Berger: *Les paysans contre la politique*. París, Seuil, 1975.

---

era frenar la acción del Estado, para los modernistas el problema es *acelerar* las acciones planteadas a esta salida y el hacerlos más eficaces. Vemos que si bien hay tendencias al cooperativismo y a la gestión profesional en ambos casos, toman en ellos un sentido muy diferente.

De hecho, el movimiento profesional en su facción modernista ha buscado autoorganizar la profesión agrícola, pero era para mejor servir de relevo a la acción del poder político. En cierta forma suplía a la acción de la administración desfalleciente.

— La corriente antimodernista, en fin, parece además reconciliarse con la tradición, en la medida en que da muestra de un potente antiestatismo: un agricultor rehusa las primas desembolsadas por el Estado a las cuales el tiene, sin embargo, derecho; otro rehusa hacerse censar. ¿Se trata, por tanto, de una vuelta pura y simple a la tradición? No es éste aún el caso, porque el antiestatismo tradicional reenvía *de hecho a un proyecto de contra-estado*. Este no es en ningún caso un proyecto antiautoritario, *que se oriente a reducir el Estado*. Por el contrario, el modelo tradicional es extraordinariamente autoritario y *jerárquico*.

Está, pues, en las antípodas del proyecto autogestionario, descentralizado y antijerárquico que encontramos en las tomas de posición antimodernistas.

Es evidentemente difícil prejuzgar las oportunidades de desarrollo de una corriente como esta. En revancha, podemos afirmar (independientemente de las condiciones económicas que son analizadas por F. Pernet) que las condiciones políticas de desarrollo de un movimiento de tal naturaleza son mejores que las que presidían el desarrollo del movimiento de los *paysans-travailleurs* a finales de los años sesenta. Las dificultades que han frenado la acción de los *paysans-travailleurs* son en efecto de dos órdenes:

— De una parte el proyecto político de este movimiento estaba en completa oposición con la lógica dominante de reproducción del sistema capitalista. Suponía, pues, que realizara a nivel global un cambio político importante que, según sabemos, no se ha producido.

---

---

— De otro lado, y a nivel del sector agrícola propiamente dicho, parece que la concepción de los *paysans-travailleurs* se correspondía mal con las vivencias de los campesinos. Sin ir demasiado lejos en este sentido, podemos pensar que éstos, aun teniendo conciencia de ser explotados, no se sienten, sin embargo, cuasi-proletarios, como el análisis de los *paysans-travailleurs* deja entender. Están, por el contrario, demasiado vinculados a su autonomía—incluso restringida— para aceptar ser asimilados a los asalariados.

Al contrario, comprendemos el éxito político de la tesis del CNJA a finales de los años cincuenta:

— De un lado, a nivel global, corresponden bien con las exigencias económicas y políticas del sistema capitalista en la medida en que la existencia de un sector agrícola «arcaico» aparecía cada vez más como incompatible con el modo de desarrollo económico entonces en vigor. Estas exigencias estaban por otro lado bien expresadas por los responsables políticos de la época (De Gaulle, M. Debré, E. Pisani).

— De otro lado, a nivel del sector agrícola el proyecto del CNJA, que consistía en proponer a los campesinos el transformarse en pequeños propietarios individuales, correspondía bien con las vivencias de una parte importante del campesinado pequeño y mediano, cuya voluntad era la de extrañarse del modo de vida tradicional evitando por completo la «degradación» del estatus de asalariado.

Más tarde nos hemos apercebido hasta qué punto esta esperanza era ilusoria para la mayoría de los campesinos, pero lo importante es que en su época, el proyecto del CNJA haya podido aparecer como una solución a los problemas del pequeño campesinado.

¿Qué ocurre si se aplica la misma clase de análisis a la agricultura «diferente» que se ha intentado delimitar aquí? Parece que a los dos niveles (de la sociedad y del sector agrícola) considera darse las condiciones para que esta corriente tenga una oportunidad de desarrollarse (lo que no significa que se desarrolle necesariamente).

---

— A nivel de la sociedad, notamos de manera incontable un cambio de actitud en relación a la modernización: las cuestiones se multiplican sobre la aparente neutralidad y utilidad del progreso. Pero lo que es más importante es que el mismo discurso oficial parece registrar esta duda. De una parte, el poder político continúa afirmando la necesidad para la economía francesa de llegar a ser competitiva, de exportar, etc. Pero, de otro lado, se afirma la necesidad de mantener en vida las zonas desheredadas, de frenar el crecimiento de las ciudades, en resumen, ocurre como si se tuviese un doble lenguaje contradictorio. Esto se traduce en divergencias de puntos de vista en el seno del Estado, siendo algunas administraciones más sensibles a una u otra de las dos lógicas. Finalmente, aún si la lógica productivista y modernista permanece ampliamente dominante, podemos preguntarnos si las exigencias de la sociedad en relación a la agricultura no están en trance de modificarse.

— A nivel del sector agrícola es cierto que el discurso antimodernista alcanza con suficiente facilidad la adhesión de los pequeños campesinos, porque es ésta a todas luces en concordancia con su vivencia cotidiana, en la medida precisamente en que vuelven a reencontrarse algunos aspectos de la tradición campesina, dándole un contenido completamente nuevo.

¿Significa esto que el proyecto antimodernista tiene asegurado su desarrollo? Evidentemente no. Aun si suponemos que las condiciones económicas y políticas se dan, todavía es necesario que el campesinado «diferente» se constituya en grupo social autónomo. Para ello es necesario que se dote de representantes capaces de elaborar una visión del mundo que le permita expresar sus intereses resituando de nuevo su lugar en la sociedad, como escribía Gramsci de los intelectuales.

---

---